

2001-2021

11 de septiembre: 20 años después, la rendición moral de Occidente

INTERNACIONAL

14_09_2021



**Stefano
Magni**



Veinte años después del 11 de septiembre, se recuerda el día “que cambió el mundo”, como escriben muchos comentaristas. Pero debería entenderse, en todo caso, por qué el 11 de septiembre no cambió el mundo en absoluto. Osama bin Laden fue asesinado

(2 de mayo de 2011), el autor intelectual del ataque del 11 de septiembre, pero Al Qaeda está viva, tanto como ideología que como movimiento armado. Y todavía está dirigido por su ideólogo, el egipcio Ayman al Zawahiri. La galaxia yihadista está en expansión, no en retroceso. Se está expandiendo especialmente en África, llegando también a regiones del continente negro que aún no eran conocidas por el terrorismo islámico. En 2001, el Estado Islámico, nacido de una rama de Al Qaeda, aún no existía: tomó cuatro años (2014-2018) para destruir su entidad territorial entre Siria e Irak, pero como movimiento terrorista todavía existe y hace proselitismo en todo el mundo musulmán. En Europa aún no conocíamos el fenómeno de los atacantes islámicos que actúan por su cuenta, los “lobos solitarios”, pero desde la década de 1990 lamentablemente se han convertido en una pesadilla constante para la seguridad pública.

Occidente aparece en proceso de cambio: los estadounidenses acaban de salir de Afganistán, pero los franceses también se están retirando del Sahel (tierra de conquista de Al Qaeda desde finales de la década de 1990) y la administración Biden ha prometido salir también de Irak a finales del año. En todas partes, Occidente no deja en su lugar gobiernos amigos que luchan contra el terrorismo, sino gobiernos inestables (en el Sahel), amigos de enemigos (Irak) o abiertamente proterroristas. El caso ejemplar es Afganistán, donde todo inició. Los talibanes, que acogieron a bin Laden y le permitieron llevar a cabo los ataques a Nueva York y Washington, no solo siguen existiendo, sino que han vuelto al poder. Veinte años después del 11 de septiembre pueden formar su propio gobierno, con un primer ministro en la lista negra de terrorismo de la ONU y un ministro del interior buscado por el FBI.

Sin embargo, el 11 de septiembre fue el momento en el que “abrimos los ojos” a la amenaza islámica, como bien describió Oriana Fallaci en su famoso *La rabbia e l'orgoglio* (La rabia y el orgullo). ¿Por qué los cerramos de nuevo, en los siguientes veinte años? Como ya hemos escrito en estas columnas, la derrota en la guerra contra el yihadismo **no fue militar, sino política**. Se debería, a este punto, entender por qué la política ha decidido dejar de luchar, Estados Unidos en primer lugar, pero también los gobiernos aliados europeos. Detrás de las razones políticas siempre hay fuertes razones culturales. Veamos algunas: materialismo, relativismo, tercermundismo.

Materialismo: las clases dominantes estadounidenses y occidentales en general, han demostrado estar tan secularizadas que no comprenden cómo funciona un movimiento religioso y milenarista como el de los movimientos yihadistas (Al Qaeda, Estado Islámico y sus aliados locales). La demostración de cuánto no han entendido los líderes occidentales, hasta el final, cómo las razones del enemigo también

se pueden encontrar en las desconcertantes frases de Zalmay Khalilzad, enviado de paz de Estados Unidos para la crisis afgana. En vísperas de la caída de Kabul, advirtió a los talibanes: "Cualquier gobierno que llegue al poder por la fuerza en Afganistán no será reconocido por la comunidad internacional". También el secretario general de la OTAN, Anders Fogh Rasmussen, **también dijo aproximadamente lo mismo**. Aparte del hecho de que los talibanes no están aislados de ninguna manera (tienen a Pakistán y China de su lado), la sola idea de que puedan ser intimidados por la perspectiva del aislamiento internacional es ridícula. Los talibanes tienen una cosmovisión religiosa, les preocupa el más allá y cómo conquistar el Paraíso, mucho más que ser reconocidos diplomáticamente por Estados (seculares, por lo tanto, infieles) con los cuales hacer negocios.

El mundo de los expertos en relaciones internacionales siempre ha favorecido una interpretación materialista del conflicto con los yihadistas. Después de ridiculizar a uno de los pocos disidentes, Samuel Huntington, autor de *Scontro di Civiltà* (Choque de civilizaciones), el mundo académico argumentó, por ejemplo, que el propósito de los talibanes era representar a la mayoría pashtún en Afganistán y que el Estado Islámico debía hacerse cargo de los ricos recursos del norte de Irak en nombre y en interés de los árabes sunitas. Como señala amargamente el ex primer ministro británico Tony Blair, según la interpretación actual no existe una amenaza yihadista global y se considera políticamente incorrecto nombrar el islam radical: toda causa es local y el propósito siempre es atribuible a algún interés material. El político, por tanto, se ve obligado a buscar acuerdos locales, con criterios puramente políticos, sin enfrentarse a ningún desafío ideológico y religioso. Y los yihadistas negocian voluntariamente, si luego tienen la perspectiva de engañar al enemigo y ganar la guerra.

La incapacidad de una cultura secularizada para comprender la causa religiosa de esta guerra es especialmente evidente frente a los "lobos solitarios". Si un solo yihadista decide hacer una acción suicida para matarse a sí mismo y a sus víctimas "infieles" o "apóstatas", no puede estar motivado por ningún interés político o material. Pero en este caso, tanto los medios como la política prefieren recurrir a la explicación psiquiátrica. Si lo hace, no es porque sea islámico, sino porque está "loco", con marcados diagnósticos post mortem, inmediatamente después del asesinato o suicidio del atacante y sin siquiera verificar su pasado.

El relativismo, denunciado por el Papa Benedicto XVI como la dictadura (cultural) de nuestro tiempo, está ciertamente en la base de muchos de estos argumentos materialistas. El relativismo impide que el filósofo distinga lo verdadero de

lo falso, por lo tanto, también el justo de lo injusto y, en consecuencia, no permite afirmar que un sistema político es superior a otro. La única prohibición que queda es el juicio de otra cultura. Si hubiésemos adoptado el mismo criterio en las décadas de 1930 y 1940, hubiésemos tenido que afirmar que los países libres no tenían nada que enseñar al régimen nazi, porque cada uno tiene su propio sistema de valores. Así fue en este largo conflicto. En un pequeño episodio, ahora olvidado, el entonces primer ministro Silvio Berlusconi después del 11 de septiembre afirmó que la civilización occidental, bajo ataque, era "superior". Ante las amenazas de boicot de sus socios comerciales musulmanes y sometido a una presión mediática insostenible, Berlusconi tuvo que retractarse de sus afirmaciones. En un episodio mucho más famoso, la conferencia de Benedicto XVI en Ratisbona, que advirtió del peligro de una razón separada de la fe (en Occidente) así como de una fe separada de la razón (en el mundo islámico), fue atacada en todas partes del mundo, provocando episodios de violencia anticristiana en varios países musulmanes (lo que indirectamente demostró lo útil que fue esa lección). Desde su primera administración, Barack Obama eliminó cualquier referencia al terrorismo "islámico" de las directrices de formación policial para no ofender la religión de los musulmanes. Obama llegó a definir al Estado Islámico como "no islámico". La administración Biden hace más, dejando claro desde el principio que considera que el peligro del "supremacismo blanco" de la extrema derecha es más grave que el de la amenaza yihadista.

El tercermundismo (un término de la década de 1960 para indicar la ideología marxista en apoyo de los movimientos socialistas nacidos en el mundo poscolonial) es finalmente dominante no solo en los movimientos antagonistas. La prueba, también aquí, está en la reacción en coro y casi unánime del mundo de las ONG inmediatamente después del 11 de septiembre: quien siembra vientos cosechan tormentas. Apenas cuatro días antes, tres mil representantes de ONG, que asistieron a la Conferencia Antirracismo de Durban, habían presentado una resolución en la que se equiparaba al sionismo con el racismo y exigían una compensación para las víctimas del colonialismo y la trata de esclavos. En una cosmovisión en la que todos los males se derivan de Occidente (Estados Unidos e Israel en particular), el ataque a Estados Unidos también fue visto como una "respuesta" de los "pobres" al mundo de los "ricos". Si el 11-S fue una "respuesta", la razón debe enfrentarse con el diálogo, tratando de escuchar las razones de quienes estaban tan exasperados como para suicidarse para asesinar a 3 mil civiles estadounidenses. Y esta mentalidad, transversal, ha atado de las manos a la política cada vez que ha tenido que responder militarmente al terrorismo. También está en la raíz de la presión ejercida sobre Israel para que otorgase un Estado a Palestina:

una pérdida de tiempo y de energía diplomática, no solo porque el liderazgo palestino siempre se ha negado, sino también porque el movimiento yihadista no se mueve solo por Palestina, uno de sus muchos frentes.

El materialismo, el relativismo, el tercermundismo son tres potencias de pensamiento que finalmente han inducido a la política a dejar de luchar contra el yihadismo. Las opiniones públicas en estados Unidos, cuya atención está capturada por el Covid, incluso por las elecciones más controvertidas de la historia reciente, el terrorista islámico se ha convertido en la menor de las preocupaciones. Si tenemos suerte, seguirá siéndolo. Pero el yihadista, a diferencia del occidental medio, sabe pensar en términos religiosos universales, no tiene el mismo sentido del tiempo que nosotros y ha demostrado ser capaz de ganar una guerra en veinte años (una generación). Ahora nosotros aparecemos colectivamente derrotados. Entonces puede suceder una vez más: un nuevo 11 de septiembre.